

# El Duque de la Naranjaja y la Emperatriz Mandarina



Fernando Olavarría Gabler



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,  
all content is made available  
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual Nº 154552. Chile.  
© Fernando Olavarría Gabler.

# El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina

Fernando Olavarría Gabler

Federico pasaba las vacaciones en la casa que sus abuelos tenían frente al lago. Le tocó alojarse en el dormitorio del abuelo. Éste era un aposento original ya que las paredes estaban en gran parte cubiertas con los cuadros que había pintado el abuelo. Además había un “insectario”, y encima de la cabecera de la cama, en una repisa, estaban puestas unas gallinas de madera, un conejo, un cordero y un chuncho que, arrimado en el ángulo que formaban las paredes, miraba al niño con sus grandes ojos fijos, como si estuviera asustado o enojado.

A la derecha de la cama había un ventanal en cuya base “nadaban” patos de diferentes especies, cisnes y otras aves acuáticas, también todas hechas de madera primorosamente talladas. A través de la ventana no se veía el jardín de la abuela sino el comienzo del bosque que rodeaba la casa, y al frente de la ventana Federico se entretenía todas las mañanas en contemplar un pequeño bosque de

arrayanes. Era hermoso este bosquecito, formado por los troncos de los arrayanes rojizos que emergían de la tupida maleza que crecía alrededor de los árboles.

Una mañana, diáfana, sin nubes, el niño se levantó y describió las cortinas para observar los patos de madera, pero algo le llamó la atención allá afuera. Sí, frente al bosquecillo lo estaba mirando un zorro. ¡Qué lindo se veía! Su pelaje largo y sedoso tenía el color semejante al de los troncos de los arrayanes. El zorro permanecía sentado y parecía darle un mensaje al niño; luego se levantó y desapareció entre los matorrales del bosquecillo. Federico no pudo olvidar esa escena y todas las mañanas se levantaba para atisbar por entre las cortinas si estaba su amigo el zorro, pero el zorro no apareció.

Varios días después, cuando se había levantado y vestido para tomar desayuno, miró distraídamente hacia la ventana ¡y el zorro estaba ahí! En esos momentos la mamá lo llamaba porque estaba



servido el desayuno. Salió corriendo fuera de la casa y se dirigió a toda prisa al bosquecillo.

¡Federico! ¿Adónde vas? ¡Ven a tomar el desayuno!- gritó la mamá. Pero más importaba el zorro que podría escaparse nuevamente... Cuando llegó al bosquecillo, el zorro había desaparecido ¡Qué desilusión!

Debe de tener una madriguera entre los matorrales- pensó el niño-y decidió introducirse en la maleza para explorarla. En efecto, en el interior, entre los troncos de los arrayanes, Federico descubrió un túnel bastante amplio, y sin pensarlo dos veces se introdujo en él. La maleza era alta y se agrandaba más y más a medida que el niño avanzaba. Más allá el túnel se transformó en un sendero cubierto por frondosos árboles. Federico continuó avanzando y se encontró con una calle que iba directamente a una playa, pero el agua no se parecía a la del lago donde estaba la casa de los abuelos porque era agua de mar.

La calle terminaba en un larguísimo puente que llegaba a unas construcciones de piedra. Eran edificios que estaban adornados con delgadas columnas. Todo esto estaba en la orilla del agua donde descansaban inmóviles unas grandes embarcaciones con sus velas plegadas. De sus costados sobresalían recios remos y de los extremos de sus mástiles ondeaban largas banderas terminadas en dos puntas. Hermosos gallardetes lucían sus vistosos colores con la leve brisa que corría en esos momentos.

El puente terminaba en una escalinata que llegaba a una plazoleta y antes de llegar a la plazoleta se angulaba en ángulo recto. Por la escalinata Federico vio que bajaban tres mujeres que llevaban unos canastos con frutas. Se acercaban a él con animosos pasos y a medida que se aproximaban, el niño pudo observar que las mujeres tenían cara de zorro y por debajo de sus largos vestidos se asomaba también una cola de zorro, pero sus pies eran humanos ya que



calzaban zapatos, y sus manos, también humanas, estaban enguantadas.

El niño se había detenido y estaba absorto contemplando estas extrañas figuras que llegaban frente a él. Sus caras de zorras eran encantadoras. Este niño no ha tomado desayuno- comentó una de ellas-. Démosle una de las frutas que llevamos al mercado.

-Hermoso niño- dijo una de las zorras- recibe esta naranja, pero ¡no te la vayas a comer! Si la conservas, serás muy considerado, y además podrás viajar y conocer otros mundos.

Federico recibió la naranja que le regalaba la zorra y le dio las gracias. Las zorras continuaron su camino, bajaron por la escalinata y se perdieron de vista en una esquina.

Federico observaba la naranja y pensó por qué la zorra se la había dado y le había dicho que no se la comiera pero también había adivinado que no había desayunado. Era lógico que si no había

desayunado y le habían regalado una naranja era para que se la comiera. En esos pensamientos estaba, cuando divisó al zorro en el ángulo del puente. El niño corrió entusiasmado con la naranja en la mano, pero el zorro, al verlo, dio media vuelta y corrió también presuroso escalinatas arriba y se deslizó por una gran puerta entreabierta que había en la fachada del señorial edificio. Federico sin pensarlo dos veces llegó hasta la enorme puerta y entró.

Se encontró en una descomunal sala de altísimas paredes en cuya parte más alta unos maravillosos vitrales iluminaban todo el interior. La sala estaba repleta de gran cantidad de zorros que lucían con elegancia finos ropajes de diversos colores, todos ellos bordados con hilos de oro y plata. Un blanco cuello almidonado adornaba sus pescuezos.

En el fondo de la sala el niño divisó un trono situado en alto, y sobre éste estaba plácidamente sentado su zorro, pero ahora vestido

con un negro terciopelo y una hermosa capa de armiño caía desde sus hombros.

-Bienvenido a mi Reino- dijo el zorro. Acércate niño Federico, Duque de la Naranja.

Federico no sabía qué hacer o decir y obedeciendo se aproximó al trono. En esos instantes se aparecieron dos zorros cortesanos portando una bandeja de plata.

-Deposita la naranja en la bandeja- dijo el zorro monarca - porque con ella viajaremos por el Océano a visitar a mi amiga, La Emperatriz Mandarina. Le llevarás de parte mía esta naranja, como único presente, del cual ella quedará encantada porque no está en sus caprichosos conocimientos imperiales ese tipo de fruta. Federico, perplejo, depositó la naranja sobre la bandeja, entonces hubo un gran alborozo. Se escucharon risas y felicitaciones, hubo ¡hurra! y todos salieron de la gran sala del trono y se dirigieron a las naves que estaban

atracadas en los muelles. Federico fue llevado por esta procesión de zorros elegantemente vestidos. Camina detrás de la bandeja, le ordenaron, y el niño marchó siguiendo a los cortesanos que llevaban la naranja con gran parsimonia.

Se embarcaron en las naves y al niño y la naranja con su bandeja los ubicaron en la nave principal.

Navegaron varios días. Siempre al Oriente. Cuando no había viento propicio los zorros se ponían a los remos y remaban al compás de un gran tambor situado en la cubierta, cerca de la popa. El ritmo era perfecto pero cansaba al niño, y para evadirlo se iba a la proa a observar cómo la quilla hendía las azules aguas y formaba una estela de espuma blanca a ambos costados. El balanceo de la embarcación, la brisa que recibía en el rostro y que lo salpicaba con el rocío del agua, por los bandazos que daba la nave, le daban una gran felicidad. Después, había vientos propicios y con gran alegría de todos, se

dejaban los remos, se izaban las velas y se terminaba el monótono retumbar del tambor que cansaba los oídos.

Finalmente arribaron a la costa. A lo lejos se divisaba una magnífica ciudad rodeada de altos y fornidos muros. También se divisaban gigantescas naves atracadas a los muelles y a la gira, pero su velamen era diferente a las embarcaciones en que viajaba el niño. Más bien parecían persianas, de ésas que se suben y bajan con un cordel y están formadas de placas longitudinales dispuestas horizontalmente unas sobre otras.

Federico asomado a la borda, presenciaba toda esta escena de llegada a puerto. Escuchaba cómo el capitán daba las órdenes con una especie de corneta de bronce que amplificaba su voz. Los marineros trepaban y bajaban presurosos por las escalas de cordel. Chirriaban las poleas y los remos empezaron a actuar a medida que la nave se acercaba lentamente a uno de los muelles.

Una gran cantidad de pequeñas embarcaciones se aproximaron a las tres naves de los zorros, éstas eran impulsadas por remos o pequeñas velas. Sus tripulantes tenían los ojos oblicuos y gritaban anunciando u ofreciendo algo que Federico no comprendía porque hablaban un extraño idioma. Todos llevaban una larga coleta de cabello negro y trenzado que colgaba a sus espaldas.

Atracaron las naves y la comitiva de zorros, con Federico y la bandeja de la naranja, fueron llevados en palanquines hacia el centro de la ciudad donde se divisaba un espléndido palacio cuyas paredes estaban cubiertas con porcelana celeste. Hermosas aves estaban pintadas en estas grandes placas de porcelana. Una vez que los portadores de los palanquines dejaron a sus pasajeros en tierra, se organizó la comitiva de zorros y los tres capitanes de las naves, con sus respectivos lugartenientes, encabezaron el desfile. Al medio iba la bandeja de plata con la naranja y Federico detrás de ella; finalmente

marchaba toda la marinería, menos los que quedaron de guardia cuidando las naves.

Entraron a una fastuosa sala rodeada de estupendos jardines y llegaron frente a un gran trono, situado a mucha mayor elevación que el trono donde había encontrado Federico al zorro monarca. En este trono, a bastante altura, estaba sentada una mujer ricamente ataviada con vestiduras de finas sedas. Federico la observaba a distancia y pudo constatar que su rostro ovalado era blanco como si estuviera empolvado y sus ojos oblicuos observaban toda la escena con una imperturbable apatía. Los tres capitanes que encabezaban el cortejo se inclinaron y arrodillándose tocaron con sus frentes el suelo. La comitiva se había postrado sumisa delante de la hermosa mujer, menos el niño que miraba asombrado toda la escena. Uno de los zorros que portaba la bandeja, le dijo en voz baja, que se inclinara también como ellos lo estaban haciendo en esos momentos, porque si no lo

hacía, le cortarían la cabeza. Entonces el niño imitó a sus compañeros de viaje y después de unos largos minutos sonó un gong y todos se levantaron. El trono estaba rodeado de poderosos guerreros ataviados con extrañas corazas y cascos. Portaban enormes espadas que mantenían desenvainadas y sobrepuestas en sus brazos cruzados.

Uno de los capitanes tomó la palabra y en un ceremonioso discurso en que elogiaba a la Todopoderosa y Gran Emperatriz Mandarina, terminó expresando que habían viajado desde lejanas tierras para traerles un raro presente; diciendo esto miró hacia atrás, y los zorros, entregándole la bandeja con la naranja a Federico, le ordenaron que se adelantara. El niño tímidamente llegó hasta donde los capitanes y uno de éstos le susurró con una voz que significaba una orden, que subiera hasta el trono donde estaba la Emperatriz. El niño, sin vacilar subió por la escalinata, iba muy preocupado de no tropezar en los escalones y al mismo tiempo equilibraba la bandeja para que la

naranja no se cayera. Finalmente llegó hasta donde la Emperatriz y ésta, al ver la naranja, su rostro empolvado cambió de expresión. Sus ojos oblicuos se iluminaron y una graciosa sonrisa embelleció sus labios.

-¡Qué cosa rara y apreciada me traes niño hermoso! Y cogiendo la naranja la observó con detención y la acercó a su rostro. Al parecer su fragancia era exquisita para ella porque cerrando los ojos suspiró hondamente con la naranja pegada a la nariz.

-¡Es bellísima! exclamó. ¡Qué aroma más sobrecogedor!  
¿Qué es lo que es? ¿Cuál es su nombre?

-Es una naranja dijo el niño.

-¿Naranja? ¡Qué nombre extraño! Naranja ...

-¿Naranja dijiste?

-Sí.

-Y tú, lindo niño ¿cómo te llamas?

-Federico.

-Qué hermoso cabello rojo posees. Acércate, déjame acariciarte, y la Emperatriz, sin soltar la naranja, acarició una mejilla del niño y lo besó en la frente.

-¿Tienes mamá?

-Sí.

-Qué tierno eres chiquitín, y me has traído esto que lo considero un tesoro inapreciable. Los magos y astrólogos me han dicho que la Tierra no es plana sino que tiene la forma del obsequio que me has traído. ¿Qué opinas tú?

-Creo que es verdad, y está achatada en los polos- respondió Federico.

-¡Oh! Qué niño tan inteligente, no me había fijado en ese detalle. Diciendo esto puso la naranja sobre la bandeja y golpeó las manos, entonces aparecieron de los costados y antesalas cientos de

servidores que se postraron ante Su Majestad Imperial.-Llenad los barcos de los extranjeros con toda clase de piedras preciosas oro y plata, ordenó la Emperatriz; al poco rato aparecieron los servidores con decenas de cajas de hierro con sus tapas abiertas dejando ver piedras preciosas, joyas, brazaletes, collares, en fin, todo lo que puedas imaginar. Federico miraba asombrado este inapreciable tesoro y no podía creer lo que veían sus ojos. Quiso preguntarle a la Emperatriz si ese tesoro le pertenecía pero la Emperatriz en esos momentos estaba embelesada con la naranja y la acercaba a menudo a su nariz para percibir su aroma.

-Partió la comitiva de zorros detrás de los tesoros hacia las naves y Federico se quedó solo frente a la Emperatriz que, al sentirse observada, le preguntó al niño si partiría con la comitiva.

-¿Deseas quedarte conmigo?- le preguntó.

-Mi mamá me espera porque tengo que tomar el desayuno.

-¿Desayuno? ¿Qué es eso?

-Es lo que comemos en la mañana.

-¡Ah! ¡Sí!, murmuró la Emperatriz, pues corre niño detrás de tus marinos. Atardece. Les he preparado una fiesta de despedida que te va a gustar. Pero antes de irte lleva algo mío; diciendo esto la Emperatriz se sacó uno de los tantos anillos que tenía en sus dedos y se lo dio al niño. Guárdalo como un recuerdo de mi persona, le dijo sonriendo con cariño.

Federico se fue corriendo y salió del palacio tras la comitiva que ya estaba arriba de los palanquines y se dirigía hacia el puerto, se encaramó a uno de ellos y llegaron a los muelles cuando el Sol se escondía en el horizonte. Una vez a bordo el niño y los marinos pudieron disfrutar de una grandiosa escena de fuegos artificiales. Los cohetes de luces estallaban en el cielo y ruedas giratorias iluminaban el palacio imperial. Enormes dragones hechos de género reptaban,

danzando en el suelo debido a que decenas de bailarines corrían en su interior. Solamente se le veían sus pies.

-¡Qué espectáculo más lindo! Exclamó Federico entusiasmado, y dentro de su alborozo le preguntó a uno de los capitanes que estaba a su lado, dónde habían conseguido tantos fuegos artificiales.

El zorro le respondió: Ellos inventaron la pólvora y la aplicaron en los fuegos de artificio que estás viendo. También inventaron los fideos -agregó- pero no los hacen de harina de trigo sino de arroz. Entonces aprovechó Federico para preguntarle al marino por qué la Emperatriz se había entusiasmado con una simple naranja.

-Nosotros sabíamos-dijo el zorro- que la Emperatriz tenía un antojo, un capricho que aún no se le había podido cumplir, a pesar de las inmensas riquezas que en su reino había y que nosotros teníamos

conocimiento. Decidimos entonces hacer este viaje para regalarle la naranja que tanto había oído hablar pero que no conocía, y gracias a ti, la Emperatriz decidió desprenderse de una pequeña porción de sus riquezas. Ahora es necesario que volvamos presurosos a nuestras costas antes de que se la coma porque va a desear otra más.

Zarparon las naves y pronto la ciudad iluminada por los fuegos de arteificio se perdió de vista en la noche.

Navegaron varios días con vientos favorables y llegaron sin novedad al puerto de los zorros.

Federico se entretuvo mirando cómo los zorros descargaban las cajas de hierro que contenían el tesoro. Ahora las cajas iban herméticamente cerradas a guardarse al palacio del zorro monarca. Era una mañana luminosa y apacible y el niño decidió pasearse por el puente por donde había llegado y se había encontrado con las tres zorras. Caminaba distraído, bajando lentamente las escalinatas,

cuando de súbito se encontró con las tres zorras. Venían alegres y con sus canastos vacíos.

-¿Cómo te fue con mi naranja? Le preguntó una de las zorras. Federico entusiasmado les contó todas sus aventuras y las zorras después de escucharlo sonrieron alegres.

-¿La Emperatriz Mandarina no te regaló algo?, preguntó la zorra

-¡Ah! ¡Sí!, replicó Federico; me regaló una sortija, ¡se me había olvidado!, y sacándola de uno de los bolsillos del pantalón se la dio a la zorra para que la examinara de cerca. La zorra después de observarla con detención se la devolvió al niño expresando que era un anillo muy valioso, y además lindo y fino El niño en un gesto de cariño se lo pasó nuevamente a la zorra y le dijo que se lo regalaba.

-Muchas gracias hermoso niño, dijo la zorra poniéndose el anillo en un dedo sobre el guante. Por ser tan dadivoso te daré un

consejo.

-Antes que me des ese consejo -interrumpió Federico- ¿puedo preguntarte algo?

-Dime.

-¿Por qué todos ustedes tienen cuerpos humanos pero sus caras y sus colas son de zorros?

-¡Ah! ¡Qué gracioso! Dijeron las zorras y se echaron a reír.

-Te daré una respuesta sencilla- dijo la zorra, la del anillo. Lo que pasa es que tú estás en un mundo mágico donde los habitantes tienen las caras que corresponden a sus más íntimos sentimientos, y ahora te daré el consejo: Aléjate lo más pronto de aquí porque todos estos zorros con cara de zorro van aprovechar de tu persona para conseguir más riquezas y no dejarán que te vayas de su lado. Corre por el puente si quieres ver nuevamente a tu familia. ¿Oyes? Ya te están echando de menos. En esos momentos varios zorros corrían por el

muelle y buscaban en los barcos, otros corrían hacia el palacio y gritaban ¡Federico! ¡Federico! ¡Duque de la Naranja! ¡Dónde te has metido? ¿Duque de la Naranja! ¡No te escondas! ¡Te encontraremos!

¡Apresúrate! Dijo la zorra ¡No mires hacia atrás! ¡Corre rápido por el puente hacia el sendero!

El niño, sin despedirse de la zorra corrió a más no poder por el largo puente hasta llegar al sendero, siguió sin detenerse por el bosque hasta el túnel formado por los árboles y saliendo del bosquecillo de arrayanes se encontró, asesando, frente a la casa del lago. En esos instantes oyó la voz de su mamá, ¡Federico! Tu desayuno se está enfriando. ¡Niño porfiado! ¿Dónde te habías metido?

-Es que encontré la madriguera del zorro, mamá, y me metí en ella, y llegué al país de los zorros y navegué hasta el palacio de la Emperatriz Mandarina y ...

-Mi niño, ¡qué imaginación tienes! ¿Soñaste todo eso anoche?

Duende, el perro, estaba sentado a su lado. Escuchaba atento a su amo y esperaba algo. Federico disimuladamente sacó una galleta del plato y se la dio. Duende la recibió suavemente con sus dientes.

¡Federico! Te he dicho mil veces que no le des galletas al perro cuando tomas desayuno.

Vayan a jugar, la mañana está hermosa.

El niño salió corriendo hacia la playa mientras su perro saltaba y ladraba de alegría junto a él.

¿Acaso Duende quería otra galleta?

Fin

# Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos.

1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Calzones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tarari Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Adelina